

## EL AMOR AL RECUERDO



### XIX

Hacía más de cuatro años que había desaparecido y ya se la creía muerta.

El pobre amante, no dejó ni un solo momento de pensar en ella; en vano era que otras mujeres tuviesen para él dulces y placenteras sonrisas y frases agradables, nada podía distraer su corazón dolorido. ¡Era tan hermosa la desaparecida! ¡Había disfrutado con ella tantos momentos de dulce embriaguez!



Triste, crispados los labios, enrojecidos los ojos por el llanto nocturno, veía deslizarse su vida sin encantos ni placeres y encerrado en un feroz escepticismo negaba las dichas de los demás, ya que no podía creer en la suya.

Los escasos amigos que continuaban visitándole, le encontraban inclinado sobre un cajón abierto, besando con amorosos sollozos, cartas, retratos, violetas secas, todos restos preciosos de un amor muerto.

Era imposible que ningún hombre sufriera tanto, creía irremediable su desesperación. ¡Pobre, qué angustias sufría su corazón viudo!

Pero de pronto un día, aparece de nuevo la joven, ¡oh! ¡no ha muerto, volveré á verla!

Lleno de alegría por tan grata noticia, un amigo corre á comunicársela al triste amante que cree morir de placer al escucharla.

No encuentro palabras con que demostrar su dicha, balbuceaba, reía, lloraba, y sus ojos adquirieron extraordinario brillo.

Pero de repente, desaparecieron todas aquellas muestras de entusiasmo, y acarició con melancólica mirada en el cajón abierto las violetas, las cartas y el retrato.

A las preguntas de su amigo sólo respondió con un sombrío silencio.

Por fin, levantando la cabeza gritó con desesperación.

¡Ha vuelto! ¡ha vuelto! ¡Yo creo que preferiría llorarla muerta!



## METEMPSICOSIS



XX

Hablábamos una tarde de las diferentes formas bajo las cuales habíamos vivido, porque todos los que posean un poco de memoria se acordarán de sus anteriores existencias, y le pregunté á la mujer que es hoy mi única alegría.

—¿Te acuerdas hermosa de haber sido amada alguna vez?

—¡Ya lo creo!—respondió ella—cuando me presentaba en Babilonia, ricamente engalanada según la moda



de aquellos tiempos, los más apuestos y elegantes jóvenes, se paraban sólo para dirigirme un cumplido por mi elegancia, ó para ofrecerme á cambio de una sonrisa amable de mis labios, ricas alhajas de oro y pedrería, que los esclavos llevaban en lujosos cojines de púrpura.

Después, en Roma, era yo una espléndida y soberbia cortesana que se entregaba en los claustros de las iglesias á los lúbricos cardenales de aquella época, y más tarde, hace muy poco, fuí una muchacha tan virtuosa que los más distinguidos caballeros ostentaban con orgullo, las moradas señales de mis dedos en su rostro.

Me acuerdo — prosiguió — de haber sido la más fiel y casta esposa de un pastor calvinista que me decía con

adoración:—Es menester creer en las santas, puesto que tú existes.—Y luego fuí querida de un oficial de húsares, que se hizo matar en una batalla, porque le negué el día antes de entrar en acción una rosa que llevaba prendida en mis cabellos.

Quedé muy complacido al saber que mi amante había tenido apasionados, durante sus anteriores existencias.

—¿Te acuerdas—volví á preguntarle un poco inquieto—de haber amado en alguna de las encarnaciones por que has pasado?

—Sí—me contestó—recuerdo haber amado varias veces; reina de un país bárbaro he combatido á la cabeza de mis ejércitos, contra los hombres de Occidente que querían arreba-



tar mis inmensos tesoros reunidos bajo las tiendas de mis desiertos, y al saber la muerte de uno de mis guerreros favoritos que había sucumbido en la batalla, me atravesé el corazón con una aguda lanza.

He amado también, viviendo en la Groelandia, á un hermoso pescador de perlas y corales, y después á un marquesito fresco y rosado cual una joven y á un vizconde pintado como una comedianta.

Mientras fuí española, quise con toda mi alma á un caballero llamado Don Fernando, hasta el punto, de que una noche estrangulé á mi rival en su propio lecho; siendo costurera tuve un amante, á quien llamaba cantando desde la ventana de mi buhardilla, y por último, fuí una esposa

tierna y delicada, que esperaba con el corazón intranquilo y roja de rubor á su marido.

Las infinitas veces que había amado me inquietaban muy poco, pues á lo menos me probaba que conservó toda la ternura de su corazón, á través de las edades.

Por último, la interrogué con ansiedad:

—¿Recuerdas haber sido fiel á alguno de tus amantes?

Pasó largo tiempo y por fin contestó.

—No, no me acuerdo.

Esta respuesta me dejó anonadado, porque, ¿cómo creer en la constancia de una mujer que nunca la ha tenido?

Pero mi desesperación no duró



mucho, porque abrazándome dijo:

—No, no me acuerdo de haber sido fiel nunca, pero me acordaré en mis futuras existencias.

---

## EL AMANTE INCENDIARIO

---

### XXI

Todo el mundo conoce los horrosos desastres ocurridos en el castillo de Ruremonde, ocasionados por el más espantoso incendio.

Es imposible olvidarlos, porque los periódicos relataron con mil detalles la horrible catástrofe; infinidad de personas se vieron sorprendidas por las llamas al final de un baile campestre; gritos de dolor, miembros magullados, y finalmente, los techos de las habitaciones que se



desplomán sobre las infelices víctimas.

Pero lo que todos ignoran, son las causas que produjeron este accidente; unos á otros se preguntan, cómo pudo el fuego penetrar con tanta furia en el castillo é invadirlo en un momento.

Yo he podido descubrir el secreto, y voy á referirlo para gloria del amor.

En el fondo de un saloncito muy distante del gran salón de baile, dos niños, dos prometidos, él de veinte años y ella de dieciséis, felices y contentos se hablaban muy bajito, prodigándose apasionadas é inocentes caricias, porque se amaban con infinita ternura.

De repente, la niña, mientras que

su amigo murmuraba á su oído frases deliciosas, se desprende del tocado una margarita que había arrancado pocos momentos antes del fresco tallo, y le pregunta si la quiere su novio.

Tranquilo, satisfecho, seguro de su amor y lleno de fe en la sinceridad de la flor, el joven amante, veía los pequeños y sonrosados dedos de su amiga, arrancar una por una las blancas hojas.

Pero ¡ah! que un sudor frío inunda su frente, palidece, tiembla y se siente próximo á desfallecer, él acaba de contar con una rápida mirada las que todavía quedan, y ve con terror que la respuesta será negativa.

¿Concebirá la graciosa joven por una cruel mentira de la margarita,



sospechas sobre la firmeza é intensidad del amor que la profesa?

Sin vacilar un solo momento, coge el candelabro que está sobre la chimenea, y mientras la niña suelta llena de terror aquel resto perfumado que aun no ha concluído de deshojar, aplica la llama á las colgaduras de gasa que arden con rapidez suma, y bien pronto se comunica el fuego á todo el castillo.

Desde entonces, cuando se habla delante del enamorado doncel de las víctimas y desastres que ocasionó el incendio, siente pesar y tristeza porque es noble y compasiva su alma, pero ni la más ligera sombra de remordimientos

Fué muy lamentable que perecieran tantas personas, pero hubiera sido

verdaderamente criminal dejar que una duda penetrase en el corazón de su amada, haciéndola sufrir todas las torturas de la desconfianza.



EL LUIS DE ORO, LA ALHAJA  
Y LA ESTRELLA



XXII

Entre dos adoquines de la calle cubierta de barro, brillaba un objeto, en una clara noche de diciembre.

Pasó por aquel sitio un viejecito feo, arrugado, con aspecto de feroz usurero, y apercibió el objeto que despedía rayos de luz á la pálida claridad de la luna.

—¡Oh!—murmuró—seguramente eso que brilla es un luis de oro— y apresuradamente, tentado por la



codicia, se bajó á recoger aquel tesoro.

Pero ¡ah! que sus esperanzas resultaron fallidas, no era una moneda lo que el viejecillo había descubierto entre la juntura de dos adoquines, era simplemente una esquina de la piedra á la que la luz del gas daba un reflejo.

Continuó el buen hombre su camino muy contrariado por el engaño, pero orgulloso al propio tiempo por no haber sido visto.

A los pocos momentos, apareció en el final de la calle una bellísima joven que acababa de pasar varias horas en el cuarto reservado de un *restaurant*.

Venía vacilante, incierta, notándose en su rostro todos los síntomas de

una asquerosa borrachera, pero conservando á pesar de esto su espléndida hermosura.

Al pasar por junto á los adoquines, se percibe del objeto brillante y detiene su paso.

Ella ha creído que es una alhaja, desprendida de la oreja ó del brazo de alguna dama elegante, pero como no es de las que se dejan engañar, por falsas apariencias, se dirige con aire un poco desconfiado hacia el objeto.

¿Era una piedra fina? No ciertamente, es un reflejo de la luz sobre la tersa superficie de la piedra.

La pobre niña se alejó un poco descontenta por no haber encontrado un pendiente ó una sortija, pero satisfecha por no haber concebido



en un principio grandes esperanzas.

Envidioso del usurero y enamorado de la joven, pasó un poeta por esta misma calle; era un joven pálido, triste, con largos y despeinados cabellos, y ojos azules que miraban siempre hacia los tejados, como queriendo descubrir un más allá.

El hubiera deseado tener en sus bolsillos gruesos fajos de billetes de banco, porque de este modo podría hacer limosnas y comprar collares y brazaletes á las pequeñas floristas de los cafés; seguía á la hermosa niña, embriagado ó no, porque tenía los labios más rojos que las hojas de una rosa recién abierta.

Apercibe de repente entre los adosquines la cosa que brilla, y, ¡ah!— exclama—es una estrella, una precio-

sa estrella que ha caido del firmamento.

No es extraño que el melenudo poeta creyera en la posibilidad de que los astros se desprendan de su centro y bajen hacia nosotros, porque su imaginación exaltada estaba siempre pronta á creer en todo aquello que fuera inverosímil ó maravilloso.

Lleno de seguridad y contento por el hallazgo, se baja á recoger el objeto, y en efecto, encuentra la preciosa estrellita que él había soñado, pues los reflejos del gas sobre la piedra le daban todo el aspecto de una luz celeste, pronta á desaparecer, cuando el mechero se apagase.



## QUERELLA CON UNA ROSA



### XXIII

Aquella rosa me dijo tristemente, mientras los rayos del sol nos envolvían como finísima lluvia de oro en polvo.

—Caballero, queréis cogermé demasiado pronto, ved, apenas si he salido del capullo. Esta mañana se han abierto mis hojas bajo los pálidos colores del alba, y aun quedan en mis pétalos algunas gotas del rocío de la mañana.

Es verdad, que ya he sentido con



delicia penetrar en mi corazón los calores del estío, y no os oculto, que más de una abeja—yo las prefiero á las avispas—ha aspirado con una caricia brutal la miel de mis pétalos. ¡Pero me quedan que gozar tantas alegrías en este jardín adonde abundan los insectos! ¡Cuántas mariposas—si me dejáis vivir—se posarán sobre mí, á pesar de lo acerado de las espinas que cubren mi tallo!

¡Ah! ¡no me cojáis aún! ¡No hay otras flores en este perfumado recinto? Mirad, ahí tenéis jacintos, claveles, jazmines, nardos, entre todas podéis formar un ramo brillante sin necesidad de cortar mi vida.

Muchas de las rosas que véis aquí, no se entristecerían de ser cogidas, puesto que, abiertas anteayer, están

desfallecidas por los muchos besos que sus cálices han recibido. Pero yo, una flor joven, apenas abierta, con esperanzas, con ilusiones, no quiero ver marchitarse mi existencia en un dorado jarro del Japón. Dejadme gozar de los placeres que se me ofrecen, dejadme embriagar con la dulzura de mis perfumes á las mariposas, que me acarician con sus ténues alas, á los rayos del sol que sobre mí se posan, á las brisas que al pasar, agitan mis hojas, dejadme vivir hasta el crepúsculo del día de mi boda.

Yo la respondí:

—Estoy enternecido querida flor, por lo triste y razonable de tus quejas, y si pudiera, créeme que separaría gustoso mi mano que te



amenaza, pero debo elegir para Celia, la más encantadora flor de este jardín, y nada podrá impedirme cumplir con mi deber.

—Pero—dijo la rosa—¿es para Celia, para quién queréis cogedme?

—Sí—respondí yo.

—¡Celia—añadió—es la joven que se pasea todas las mañanas por este jardín, con un peinador de muselina y encajes tan perfumado, que las brisas se separan de nosotras con objeto de seguir el aroma de su vestido!

—La misma.

—¿Celia, es la joven que encanta al día con su sonrisa donde se posan amorosamente, todos los resplandores del verano?

—Sí.

—¡Oh! en ese caso, cogedme, sí,

cogedme—dijo ella—lo consiento, lo quiero, lo ambiciono, no echaré de menos, ni el batir de las alas de las mariposas, ni las brisas perfumadas de primavera, con tal de que Celia, dos ó tres veces, distraída y pensando en otra cosa, se digne poner sobre mí su boca parecida á los labios de una mujer, su boca semejanste á una rosa.